Cuentos del paraíso de las islas
Tres reliquias de la Biblioteca del Naranjal. 15-01-02.
LA BATALLA DEL TARAJAL Y LA GRAN INVERSIÓN

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivos, Galeatus. El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 21/11/2016, 28/08/2024 y 11/06/2025
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola**.**

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Cuentos del paraíso de las islas, 15: Tres reliquias de la Biblioteca del Naranjal.
1.03.- LA BATALLA DEL TARAJAL Y LA GRAN INVERSIÓN

En el bus hacia el sur, con el Hendrix de conversación

El Hendrix resultó ser un ameno compañero de viaje. En el autobús en el que viajaron al sur, al lado de Carla, mientas el Negro Salem y la Florita se acaramelaban en los asientos traseros del bus, el chico Hendrix evocó su vida para la Carla Canon, a quien llegó a interesar su relato con un sutil sobresalto que no supo razonar. Resultó ser otro chaval de frontera total, catalano-italiano, de niñez divagante entre una madre informal y semi-nómada y un padre lejano que nunca le había comprendido, aunque de vez en cuando lo recibiera en la casa italiana en la que había organizado una nueva familia convencional y burguesa – y valga este horror de palabras anquilosadas y vulgares. Su padre, finalmente, se había desentendido de él definitivamente cuando el chico, en su última visita, le había confiado su libertad sexual promiscua, que no supo explicarle bien pero que a su padre decepcionó y enervó. Carla supo que se iba a entender bien con aquel muchacho a causa de que pronto le confesó que, a él, lo que de verdad le ponía eróticamente, no era la condición de género o sexual de las personas sino su condición social y cultural, con un límite superior, en cuanto a intensidad, en el exilio y la indigencia.

A Carla le interesó sobremanera aquello, pues raramente se vio reflejada en lo que aquel chico Hendrix le estaba narrando.

- Dame detalles, por favor.
- ¿Detalles? – Alberto la miró sorprendido.
- Sí, sí, detalles, detalles de cómo te enamoras…

El Hendrix se echó a reír. No comprendía bien lo que le quería decir Carla con eso de "cómo te enamoras", pero Carla insistió.

- Sí, hombre, cuándo te das cuenta de que te estás quedando prendado de alguien que tengas delante de ti.

Era difícil de precisar, pero el chico lo intentó. En los tratamientos de imagen, en su profesión, enseguida le surgía una relación afectiva con los modelos y las modelos, sobre todo relacionada con la mirada. De entrada, le enamoraban algunas miradas, y ahí no entraba esa categoría de género o de sexo, ni de edad ni de condición social, era el brillo, la calidez o el tono de una mirada la que lo atraía hasta la fascinación. Fue así como se fue construyendo un archivo gráfico de miradas que de vez en cuando, en momentos de especial melancolía, examinaba con delectación hasta olvidarse del mundo en torno. A Carla le sabía a poco aquella aclaración y así se lo dijo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Eso de las miradas me parece bien y te comprendo perfectamente. Pero yo quiero que me precises algo más sobre cómo te enamoras… El amor de desear abrazar y besar a quien tienes delante de ti, ¿comprendes?

El Hendrix intentó encontrar palabras. De niño, con su madre de acá para allá, o luego en el internado inglés en donde sus padres en plena guerra de ruptura y separación lo aparcaron para una educación formal, había comenzado a distinguir a las personas amables de las desafectas o claramente hostiles por la mirada, y en el momento en el que se topaba con una mirada amistosa la convertía de inmediato en amorosa mirada, amaba a la persona que le miraba así, la adoraba… A Carla le pareció, y así se lo dijo, que con esa sensibilidad infantil había tenido que encontrarse con muchos desengaños y sobresaltos; así era, le confirmó el Hendrix, pero también le había servido mucho para orientarse en la vida desde su primera juventud, y podía afirmar que en la mayoría de las ocasiones su intuición sensitiva se había mostrado acertada.

El autobús se desplazaba a buena velocidad por la autovía del gran llano mesetario del entorno de la gran ciudad del interior hacia el sur, el sol declinando ya por su derecha hacia el oeste, y cierta ensoñación se adueñaba de los viajeros. Florita y el negro Salem parecían dormitar, acaramelados, al fondo del bus. El chico Hendrix extrajo de su mochila documentalista o *Moc-Doc* uno de sus múltiples aparatitos polivalentes, buscó en sus archivos y le mostró una sencilla imagen digital de unos ojos casi imperceptibles en la sombra de las cuencas oculares; parecían de un muchacho.

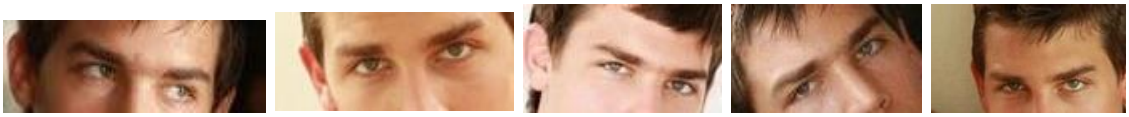
- Son mis ojos. Es mi primer autorretrato.

El autobús, con el atardecer, atravesaba paisajes andaluces de olivares y huertos de ribera, ondulaciones de vides, cipreses y alamedas… Y montañas que se aproximaban y tras las que, sabían todos, se abría el mar. A Carla la enterneció la colección de miradas que el Hendrix le iba mostrando en su pantallita digital. Tras su autorretrato, le fue desplegando las primeras miradas conservadas de sus colegas más cercanos, compañeros de juegos o de estudios, y de los que invariablemente terminaba enamorado. Pronto comenzó a organizarlas en series, como la primera de su más íntimo amigo del internado inglés en el que sus padres le habían abandonado un par de años al final de su bachillerato:

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

De esa mirada necesitó también guardar el rostro completo, y aún otras imágenes de un curso en el que leyeron y comentaron algunos relatos antiguos del paraíso de las islas y entre ambos organizaron un club de fans y de estudio sobre Ahmed Pujol, mulato claro, uno de los héroes de su juventud.

Algunas de las miradas más amadas se convertían, pues, en una colección autónoma de una misma mirada, a la que ya decidió acompañar de un retrato completo del rostro para enmarcar mejor la mirada amada en el recuerdo. Como ejemplo, baste otra más de la serie del delirio sobre Ahmed Pujol, que tan decisivo había sido para tantos de sus colegas.



Cuando Carla vio el retrato a rostro completo de aquella serie de miradas, lo reconoció de inmediato. Era Salvatore, a quien los amigos llamaban Salvo, y había participado con ella en un viaje de grupo de trabajo precisamente a la casa del Naranjal, y sobre el hombre del colmillo verde, Ahmed Pujol, a quien habían vuelto a dar el nombre de su infancia, Pujolito, el año de su muerte, ya octogenario. Alberto Hendrix sonrió. El mundo, el paraíso de las islas, era muy pequeño, minúsculo, como un pañuelo.

- Lo sé, Carla. He leído *La Canina Esmeralda*. Yo no estuve en aquel viaje vuestro porque era aún muy joven, pero me lo contó con pormenores nuestro común amigo Salvo. Otro de mis enamoramientos de adolescente y de a primera vista por sus ojos y mirada…

La nave de los locos

Cuando llegaron a Málaga en el bus, Carla Canon y Alberto Hendrix habían congeniado. Florita y Negro Salem se dieron cuenta de inmediato.

- Se os nota en la mirada – bromearon.
- A todos se nos nota en la mirada, Negro Salem, se nos nota todo, y siempre. Es nuestra condición permanente de enamoramiento.
- Por eso mismo os conecté de inmediato, a simple vista – siguió bromista el Hendrix.

Habían llegado a Málaga y en la misma estación de buses se siguieron topando con gente enamorada, en marcha hacia el sur, a los nuevos campamentos surgidos a raíz de la batalla del Tarajal que a tod@s había conmovido y movilizado. Alberto Hendrix no pudo resistirse a iniciar nuevas tomas de miradas de gente enamorada con un entusiasmo que de inmediato transmitió a Carla, a Negro Salem y a Florita. Ya estaban todos en su ambiente natural, el entusiasmo, camino del nuevo intersticio de nomadeo que comenzaba a atraer a gente para organizarse.

Había decidido ir vía Málaga para tomar un barco y no pasar el estrecho por el túnel de Gibraltar, viaje más monótono y previsible de bus en bus hasta llegar a su destino, el nuevo campamento que se estaba organizando en las afueras de

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Ceuta, una vez acordado en Europa el desmantelamiento de la triple valla famosa por la crueldad del diseño de las llamadas concertinas. Y, sobre todo, porque querían antes hacer una escala en el viejo intersticio de nomadeo de *Los Archipiélagos*, más oriental, que parecía que se iba a convertir en el modelo para el nuevo campamento pues se había considerado que iba a convertirse en un intersticio de nomadeo de éxito a causa de sus conciertos musicales estacionales que habían movilizado una gran cantidad de gente y de dinero, de recursos, en fin, como decían, base del éxito alcanzado. Allí tenía previsto Carla Canon encontrarse con viej@s colegas para terminar de diseñar la campaña de las condecoraciones que quería lanzar desde el nuevo campamento ceutí.

Los muelles del puerto y la dársena más próxima a la nave de Málaga para Los Archipiélagos era un bullicio de gente en movimiento que se saludaban y se despedían, bromeaban o se informaban unos a otros, intercambiaban objetos y noticias, o dormitaban en los lugares más insólitos mientras esperaban sus turnos de embarque. El Hendrix parecía muy interesado por el entorno y no disimulaba su fascinación por algunos rostros que le atraían; con descaro particular les pedía su imagen y a todos parecía agradar. Carla saludaba a mucha gente que conocía de su propio nomadeo y el Hendrix los documentaba, como él decía, a su manera, excitadísimo. "Este es el Langui, un gran artista y una gran persona", le había dicho Carla; y el Hendrix le robó su mirada.

Era una leyenda aquel chico, a pesar de su relativa juventud, pues había conocido al viejo Borondón poco antes de morir, quien le había deseado lo mejor para el futuro con una frase que más tarde se había hecho muy popular: "Que no se te quiten las ganas".

Negro Salem y Florita se habían acercado a un grupo de percusionistas que hacían su música a la espera del embarque, y Negro Salem se marcó una danza que el Hendrix recogió con tratamiento de filtros especiales para darle la tonalidad antigua, tribal, ancestral…, hasta hacerle casi irreconocible.

Más tarde, en compensación, quiso recoger su bella mirada.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Lo mismo hizo con Florita, antes de embarcarse, una imagen tratada con filtros para darle aire de irrealidad, y luego su mirada real:

Juegos del Hendrix, sus amores ocasionales y pasajeros.

Durante el embarque mismo, Carla se fue encontrando gente conocida, de los habituales del nomadeo estacional; uno de ellos, al que llamaban el Guayaquil, era un muy buen informático afincado en la ciudad del interior; también era un culo inquieto, como casi todos sus colegas; en cuanto podía dejaba sus despachos, con frecuencia universitarios, para retomar sus nomadeos o sus trabajos de campo, como gustaba decir en su jerga profesional, que cada vez se les pegaba más en su lenguaje coloquial. Carla recibió del Guayaquil la confirmación de que en los planes universitarios de ese año habían aceptado al fin el programa de JSF – en su jerga Juventudes Sin Futuro, un movimiento estudiantil reciente – para coordinar a todos los migrados, exiliados, desplazados o simplemente empleados fuera de su tierra de origen, que eran en su mayoría precarios, como comenzaban también a autodenominarse, en ese proceso sin fin de revitalización de jergas. El Guayaquil se consideraba a sí mismo dentro de esa categoría más o menos imprecisa de precario de nomadeo, y había logrado que su instituto universitario le permitiera aplicar sus competencias y habilidades informáticas a esas categorías de gente; no era difícil establecer el censo, le comentó a la chica, pues prácticamente coincidía con el ochenta por ciento de su alumnado habitual; la mayor dificultad estaba en fijar los campos de mayor interés para esa coordinación.

El tiempo de embarque se le pasó a la Carla de charla con el Guayaquil sobre esos asuntos, mientras Alberto Hendrix no cesaba en su ansia insaciable documentalista. En su banco de imágenes, ya embarcados, le mostró a Carla a sus amigos el Langui y el Guayaquil en pleno embarque, sus ojos protegidos por gafas de sol:

Dispersión del Hendrix. Su pasión principal. Su tesoro.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

A punto ya de entrar en la pasarela de embarque, la Carla se topó con su amiga la Murrús, otra veterana del nomadeo.

- ¡Tú por aquí! ¡Qué alegría verte! – se abrazaron, pues hacía dos o tres años que no se veían, que no coincidían por ahí.
- Ya sabes que yo voy y vengo a Los Archipiélagos una o dos veces al año, querida tita Carla. Es mi querencia, pues allí me crié…

Carla lo sabía y por ello no se extrañaba. Conocía a la Murrús desde niña, pues era amiga de su madre Marta la Tejedora, que ahora sabía que andaba por América, por instersticios de nomadeo americanos. La Murrús se lo confirmó: se había asentado en Haití, a raíz de la serie de terremotos y desastres naturales que habían asolado la isla, y desde allí había conseguido abastecer de colchonetas y esteras refrigeradas solares las redes de campamentos de refugiados de toda Centroamérica. Seguía con toda la marcha de siempre, sí, y tan enamoradiza como siempre lo había sido.

- Eso le venía comentando a éste – le dijo Carla a la Murrús, cuando le presentó al Hendrix que pasaba por allí -. Lo que nos mueve es el amor.

Alberto Hendrix fotografiaba a la Murrús cuando alguien llamó la atención desde lo alto de la pasarela de embarque.

- ¡Eh, Madrina Sasá! – y se dirigía a la Murrús.

Era un chico joven aún, Amín, de quien la Murrús les narró brevemente, mientras subían a la nave, su vieja relación con él desde que ambos eran niños en los Archipiélagos. "Crecimos juntos en la isla de Tierra de los Archipiélagos, y yo hice para él de mamá madrina, como me decía. Hoy nos encontramos siempre que vengo de viaje por aquí, pues no quiere alejarse de los Archipiélagos y para comenzar su nomadeo ha elegido hacer de marinero en la nave correo de Málaga hacia allá."

Carla conocía la historia; la recordaba desde años atrás, la propia Marta la Tejedora la tenía al tanto del desarrollo de aquella historia de iniciaciones infantiles, más historias de amor. Recordaba incluso haberla visto evocada en uno de los relatos del paraíso de las islas que había circulado años atrás, creía recordar que titulada "La niñez de Miel de Azahar", y creía recordar que detrás del relato estaba la propia Murrús, pues aquel nombre tan cursi y tan jipi, Miel de Azahar, era el nombre que le había dado de niña su madre Marte la Tejedora. El relato lo había desempolvado recientemente, antes de iniciar este viaje, pues en él se evocaba el inicio de la organización del campamento de refugiados de los Archipiélagos, luego devenido intersticio de nomadeo de éxito por el modelo elegido para organizarlo, que era el modelo de concierto de rock. La Murrús le confirmó aquello.

- Viejos tiempos y viejas fórmulas.
- A las que hay que volver para remozarlas, pues eran muy sabias.
- Aquel cuento del que hablas, Carla, se titulaba "El Archipiélago de Tierra y el Archipiélago de Mar o los Archipiélagos de Tierra y Mar". Era el nombre original de lo que hoy llamamos Los Archipiélagos, hacia donde vamos. Historias de mi niñez, sí. Que tienen, exactamente, la edad de Amín, pues él nació nada más llegar su madre refugiada allí, y tan débil que murió a la semana del parto. Amín, pues, fue el primer habitante de la casa de los niños de la isla de Tierra, en donde yo me crie.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Eso es, historias de amor.

A Alberto Hendrix le interesó mucho aquella historia y quiso ilustrarla a su manera. La Murrús y el Amín hicieron de protagonistas de su reportaje, ya en la nave hacia los Archipiélagos, verdadera nave de los locos por la riqueza de la gente embarcada y su diversidad, todos y todas, gente enamorada. Gente joven o muy joven en su mayoría – Carla Canon parecía la única persona verdaderamente adulta allí – animosa y en movimiento. Gente, una vez más, fronteriza y enamorada.

Alberto Hendrix se entretuvo también tomando imágenes de un grupo de aspecto duro y aguerrido, quienes enseguida se le presentaron como antiguos soldados americanos en guerras exóticas postcoloniales, con manifiestos signos de salud mental por lo menos delicada. "Justo cuando uno comienza a enloquecer, es preciso ponerse a andar, iniciar el nomadeo"; se lo comentó por lo bajo Carla, mientras el Hendrix obtenía discretamente algunas imágenes. "Antes del paso de la angustia a la tristeza, tras meses o años de paro en su tierra de origen, es preciso comenzar a andar, iniciar el nomadeo", le volvió a recitar. "Antes del paso de la tristeza a la depresión, tras una gran desgracia o fatalidad, se impone el cambio de campamento, el cambio de intersticio…", siguió la Carla, como un mantra o letanía. "Preciso es comenzar a andar, iniciar el nomadeo…", concluyó el Hendrix. Sabía de lo que hablaba.

Así se les fue pasando el tiempo de la navegación en aquella nave que a Carla se le antojaba nave de los locos, y al Hendrix nave de la felicidad del tiempo detenido, de la alegría del nomadeo, de la plenitud del viaje y la belleza de las miradas y de los miradores. Amín, el marinero, fascinado, seguía al Hendrix arriba y abajo por las cubiertas. Observaba sus tomas y luego comprobaba, por cortesía del chico, los resultados que le mostraba en el visor de la cámara. Amín estaba encantado y le dijo a su madrina la Murrús que de mayor quería ser como el Hendrix y manejar muy bien una cámara y coleccionar imágenes de gente que le gustara…

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6